

Luis Bagué Quílez

5 capitales

XIII PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección
ALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por la concejala de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz, Eva Tubio, y compuesto por Nieves Vázquez Recio, Javier Vela, Miguel Ángel Matellanes, José Manuel García Gil y Carmen Montes Gómez, como secretaria, concedió a la obra *5 capitales*, de Luis Bagué Quílez, el XIII Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Luis Bagué Quílez, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-763-6

Depósito legal: SE. 179-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PARÍS

Contra avaricia, generosidad

I would say the bike was my drug

FLOYD LANDIS

16 DE MARZO DE 2017
TRIBUNAL FEDERAL DE X
TRANSCRIPCIÓN DE LA VISTA ORAL

—¿Cuáles son sus motivos para declarar como testigo de la acusación?

—En mi mejor momento, yo representaba el triunfo de la perseverancia. El acusado siempre fue un prodigio de la naturaleza. Llámelo la eterna batalla del esfuerzo contra el instinto.

—¿Le importaría explicarlo?

—La gente lo miraba y veía algo insólito y enorme, una especie de cometa Halley. Luego me miraban a mí y lo que veían era más bien un agujero negro.

—¿Envidiaba su éxito?

—Era imposible no admirar su carisma a prueba de balas, y además seguía siendo el mejor sobre una bicicleta. Sin embargo, creo que él sospechaba que todo se estaba desmoronando a sus espaldas. Ya sa-

ben, ese miedo que te invade en algunas películas. De pronto sube el volumen de la música e intuyes que algo malo va a ocurrir.

—¿Por qué decidió mentir?

—Pensé que una gran mentira resultaría más verosímil que muchas verdades pequeñas.

—¿Cuándo conoció al acusado?

—En la primavera de 2001, en la Critérium. Me acerqué al pelotón y le deseé buena suerte. Él dijo «gracias», y sonó como la grabación de un contestador automático. Cuando volví a verlo, las circunstancias habían cambiado.

DICIEMBRE DE 2001
CAMPO DE ENTRENAMIENTO
AUSTIN (TEXAS)

Le tendí una mano temblorosa y dubitativa, a la que L replicó con un firme apretón de manos. «Tuviste un bonito gesto en la Critérium». Me sorprendió que se acordara de mí. Los demás decían que no me dejara engañar por la primera impresión. Algunos afirmaban que podía ser hiriente y mordaz, y que en la crueldad residía su principal arma para mantener unido al grupo. Otros lo negaban sin demasiada convicción. La mayoría de los gregarios aseguraban que no era ni tan agradable ni tan feroz como lo pintaban. Esbozó

una media sonrisa antes de soltarme el discurso que les repetía a los nuevos:

—Te contaré de qué va esto. Este asunto trata de ti, de mí, de una bicicleta y de todos los que nos seguirán por la tele. Intenta visualizar la peor reunión familiar de tu vida: la abuela Margaret se ha excedido con el champán, el fanfarrón del primo Alex describe con precisión forense la carrocería de su flamante Honda, y el tío Mike continúa probando el zoom de la cámara con la que ha decidido inmortalizar los grandes acontecimientos de su existencia. Imagínate sus miradas viscosas clavadas en tu nuca. Ahora echa un vistazo a tu alrededor.

Anochece. Vi a un mecánico con sobrepeso hinchando una rueda. Un tipo con gesto huraño ordenaba en filas asimétricas las bicicletas utilizadas durante el entrenamiento.

—Te presento a tu nueva familia. Como comprobarás, nuestro equipo celebra una interminable cena de Acción de Gracias, y a todos nos está filmando el pelma del tío Mike. Así que será mejor que no te hagas el listillo o te trincharán como al pavo. Podría decirte que navegamos en el mismo barco y que yo soy el timonel, pero no me gustan las metáforas náuticas. De modo que iré al grano: si uno la jode, estamos jodidos. ¿Lo entiendes? Me alegro —dijo antes de que pudiera articular una respuesta coherente.

Luego anunció: «Vamos a divertirnos».

Subimos al Jaguar de L. En el asiento del copiloto iba JB, el director del equipo. Detrás, como sardinas en lata, nos apretujábamos cuatro gregarios. L pisó a fondo el acelerador. A través de la ventanilla se sucedían escaparates de zapaterías, cafés cerrados a cal y canto, y algún transeúnte trasnochador o sonámbulo. Circulábamos a más de 90 kilómetros por hora. Después de saltarse el tercer semáforo en rojo, L gritó: «¿Qué pasa? ¿No hay policías en esta ciudad?». En el asiento de atrás nos reímos con risa nerviosa, de conejo. «Maldita sea, ¿quieres matarnos?», se atrevió a recriminarle JB. Fue entonces cuando descubrí que el hombre que conducía aquel coche apenas guardaba un remoto parecido con el autor del libro que me había servido de inspiración mientras procuraba hacerme un hueco en este deporte¹. No soy un gran lector, y menos aún de esos relatos de superación personal. Pero había que reconocerlo: su historia tenía gancho. El coche se detuvo con un frenazo seco en una calle desierta, perdida dentro del tejido reticular de una zona industrial. Al levantar la vista me deslumbró un rótulo fluorescente que explotaba un forzado parale-

¹ *Esto no es una bicicleta* fue un éxito de ventas y afianzó el prestigio de L como icono internacional. El publicista de la compañía editorial se empeñó en bautizarlo con un título de resonancias artísticas: «Evoca *La traición de las imágenes*, de Magritte, un cuadro en el que aparecen una pipa y un letrero que niega lo que estamos viendo, “Esto no es una pipa”. En pintura se conoce como un trampantojo».

lismo entre el tallo de una rosa y un cuerpo femenino. En grandes letras de neón se leía: «La rosa amarilla». Un símbolo texano, obviamente². L saludó al portero con extraña familiaridad. Avanzamos un trecho casi a tientas. Distribuidas en varias repisas irregulares, las botellas de cristal mostraban la policromía de sus contenidos. No sé por qué, pensé en las vidrieras de una catedral. En cierto sentido, aquel sitio también era un templo.

«Aquí las diosas son de carne y hueso», comentó L, como si me hubiera leído la mente. Un gorila con pinta de mafioso armenio nos guio hasta la penumbra de un reservado. Dos bailarinas —una rubia y una pelirroja— nos recibieron haciendo ejercicios en torno a sendas barras de acero. Una música infernal pautaba el ritmo. Las bailarinas reptaban y se deslizaban por la superficie metálica. Esa reiteración convertía sus movimientos en una gimnasia previsible y algo monótona. Ascenso, giro, inversión corporal. Arriba y abajo. Método y disciplina. De vez en cuando, una

² La Rosa Amarilla era el sobrenombre de la atractiva mulata Emily West Morgan, heroína de la revolución texana y pieza clave en la independencia del estado. Emily sedujo en 1836 al general mexicano Antonio López de Santa Ana y reveló sus planes estratégicos al jefe de las tropas rebeldes, Sam Houston. El ataque texano sorprendió al ejército rival desprevenido y a López de Santa Ana en paños menores. Más tarde, la anécdota dio lugar a una marcha popularizada por los confederados durante la Guerra Civil.

de las dos lamía (o fingía lamer) la barra de acero con impostada libidinosidad. Aunque quizá se debiera al efecto de la luz violácea, la rubia parecía más guapa y la pelirroja más voluptuosa. También es posible que ambas fueran morenas con peluca. Al rato se cansaron de serpentear por la barra y empezaron a quitarse la ropa. Miré de reojo a L: contemplaba a las chicas con la frialdad de un cirujano. Deduje que el espectáculo implicaba una especie de rito de iniciación, un bautismo colectivo para los novatos. A mí la desnudez de las bailarinas me inquietaba, pero no de la forma en la que se supone que debía inquietarme. Sin proponérmelo, me puse a reconstruir la historia de sus vidas, un relato tan violento y predecible como su manera de desabrocharse la falda. Cuando terminó la música, los gregarios se revolvían en las butacas igual que pollos sin cabeza. Algunos emitían sonidos guturales y esgrimían billetes de cincuenta. «Eh, guapa, que no muerdo». «Tengo algo para ti, nena». «¿Te apetece un beso de buenas noches, princesa?». En medio del alboroto vi que la rubia se aproximaba a L y le ponía la mano en la entrepierna. L negó con la cabeza. A continuación, la pelirroja recogió una falda vaquera y un top blanco, y se esfumó. Como si aquella hubiera sido la señal para el desembarco, los gregarios se dispersaron por el club. JB dijo que iba a pedirse otro de estos. L se limitó a permanecer en silencio, absorto en los intervalos de su respiración. De repente, reparó en

mi presencia y me preguntó a bocajarro: «¿Estás casado?». «Sí», le enseñé la alianza, y enseguida me arre-
pentí. Seguro que L sabía diferenciar una baratija de
un diamante. «Se llama Violet», añadí. «Buen chico.
Violet tiene suerte», sentenció.

16 DE MARZO DE 2017
TRIBUNAL FEDERAL DE X
TRANSCRIPCIÓN DE LA VISTA ORAL

—¿Vio alguna sustancia ilegal en aquel local?

—No.

—¿Vio a alguien de su equipo consumir alguna
sustancia ilegal?

—No.

—Le recuerdo que en su primera declaración...

—Sé lo que dije en mi primera declaración. Dije
que conocía ese tipo de lugares y que las colas en los
baños eran sospechosas.

—¿Le llamó la atención el comportamiento del
acusado?

—Solía despistarnos porque sus acciones siem-
pre obedecían a una finalidad concreta. No se movía
por impulsos inmediatos. Y en aquella época los de-
más éramos bastante impulsivos.

—En resumen, su conducta le sorprendió, pero
no le incomodó.

—No me ruboricé ni nada por el estilo, si se refiere a eso.

—¿Habló entonces con el director del equipo?

—Me reuní con él días después. Le dije que quería correr el Tour, que quería ser uno de los elegidos para acompañar al líder y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para mejorar mi rendimiento.

—¿Qué le respondió?

—Su veredicto fue: «Tú límitate a entrenar». Nadie habló de dopaje³.

—Este tribunal tiene entendido (le ruego que me corrija si me equivoco) que procede usted de una familia de profundas raíces religiosas...

FEBRERO DE 2002
CAFÉ STARBUCKS. EN EL CRUCE DE BROADWAY
CON KETTNER
SAN DIEGO (CALIFORNIA)

L agitó el sobre de azúcar con la mano derecha y le propinó un golpe seco con el pulgar de la izquierda. Luego vertió el contenido. En la espuma se dibujaron varios círculos concéntricos.

³ Garabateado en bolígrafo rojo, al pie de la transcripción: «No hacía falta».

—Café latte o café mocca. He aquí el dilema. Es como si te obligaran a elegir entre el día y la noche. Al final se reduce a eso: blanco o negro. Vivimos en tiempos maniqueos. O estás conmigo o estás contra mí. Esa es la lógica del sistema, no tienes más que encender la radio o que hojear un periódico —el salvapantallas exhibía la foto vacilante de un maillot amarillo. Sin un cuerpo al que asociarlo, parecía un objeto incongruente; algo así como la autopsia de un sueño.

Cada dos minutos, un molesto zumbido le avisaba de que había recibido un nuevo correo electrónico. L sostenía el portátil sobre las rodillas, tecleaba un mensaje y volvía a plegarlo en el hueco vacante entre un servilletero y dos vasos de latte. Por supuesto, no se trataba de una visita de cortesía. L estaba gestionando con la UCI la organización de una vuelta ciclista en California.

—¿Sabes lo que me han dicho esos paletos? «Estudiaremos tu propuesta. El año que viene empezaremos en Georgia, y ya se verá»⁴. Les he contestado: «Estupendo, pero los patrocinadores no viven en Georgia, los tíos del maletín no viven en Georgia, y ni

⁴ El Tour de Georgia se celebró entre 2003 y 2009. Desde la creación de los Circuitos Continentales, estuvo encuadrado en la máxima categoría de la UCI (Unión Ciclista Internacional). A su vez, el Tour de California empezó a disputarse en 2006, y un año más tarde pasó a formar parte de los Grandes Circuitos.

siquiera yo vivo en Georgia. En definitiva, ¿quién coño vive en Georgia?». No se puede razonar con esa gente —dio un sorbo al café; por su expresión, intuí que estaría hirviendo—. Prefiero no seguir hablando de ese asunto, me pone de mal humor. ¿De verdad eres mormón? —el cambio de tema me descolocó; pronto me habituaría a esas salidas de tono.

—En realidad mi familia es menonita.

—¿Menonita?

—Viene de Menno, un reformista holandés. A diferencia de los mormones, no veneramos ningún libro sagrado ni creemos en visiones sobrenaturales. Tampoco damos la tabarra por las casas predicando la buena nueva, y gracias a Dios no nos vestimos con esas corbatas horteras. Hay quien lleva barba y tirabuzones y quien va de negro riguroso, aunque eso queda al arbitrio de cada cual. Por lo demás, calculo que el trasfondo moral coincidirá en un ochenta y cinco o noventa por ciento.

—¿Eres un puritano?

—Si hubieras nacido en Farmersville, Pensilvania, no me harías esa pregunta. No probé ni una gota de alcohol hasta los veintiuno. La primera película que recuerdo la vi a escondidas en casa de un amigo: *Tiburón*. Tenía diez años y la tele estaba censurada, nada de sangre ni de violencia. Salí con una chica en el instituto, Mary, pero ni se me ocurrió proponerle... bueno, nunca tuvimos esa clase de intimidad.

—¿Y qué diablos hacíais?

—Paseábamos.

—Venga ya. O sea que estoy ante una especie de amish.

—Sobrevivía gracias a pequeñas argucias. Me acostumbré a mentir, a tapar una mentira con otra mentira. Crecí oyendo las palabras *responsabilidad, deber y compromiso*. Frases como «nuestro señor quiere». Mis padres afirmaban: «Si lo escuchas con atención, el silencio te dirá unas cuantas verdades». Pero a mí el silencio de Farmersville más bien me daba vértigo. La única banda sonora era el góspel de la autópista. Poco a poco me fui aficionando a la mountain bike y comencé a inscribirme en competiciones. Aquello me abrió los ojos.

—Así que te salvó una bicicleta.

—Según el pastor de mi pueblo, me condenó sin remedio. En cuanto me di cuenta, te seguía por la tele. Entendí que, como menonita, yo también estaba destinado a cumplir una misión: competir en el Tour de Francia. Al mudarme aquí rompí un vínculo. Para mis padres fue como si me hubiera instalado en el purgatorio. Ahora mi madre se permite algunas licencias. Si se entera de que participo, escucha la carrera por la radio. Eso sí, vuelve la cabeza cuando anuncian bebidas alcohólicas.